

En el acto de lanzamiento del Premio, Carlos Quijano de excelencia en periodismo, el 21 de marzo de 1998.

QUIJANO, maestro de periodismo

ARTURO ARDAO



Razones de muy distinta índole en el plano de la evocación y el recuerdo vuelven especialmente emotivo para nosotros, este acto en el histórico Teatro Lavalleja, de Minas.

En las emociones minuanas, que ponemos por delante, vaya ante todo nuestra gratitud a la benemérita Fundación Lolita Rubial, primero, por la tan feliz como justiciera idea de dar el nombre de Carlos Quijano al Premio de periodismo, nacional y latinoamericano, que se establece en el acto de hoy; y luego, en lo personalísimo nuestro, por el gran honor de la participación en el acto mismo.

Inevitable nos resulta en seguida recordar que fue en Minas, precisamente, que por primera vez oímos el nombre del hoy homenajeado. Estudiante veinteañero él, bien a principios de la década del 20 —¿75 años hace!— participó aquí en un acto político. Ya distinguido orador, de incipiente prestigio nacional, gran impresión causó en sus oyentes. Por nuestra parte, escolar de primaria a la sazón, permanecemos naturalmente ajenos a ella. Pero nunca olvidamos la admirativa referencia que en el seno de nuestro hogar se hacía entonces de «el bachiller Quijano», juvenil denominación, exótica para nosotros, con que en aquellos años se le mentaba.

Apenas al cabo de dos lustros lo conocimos personalmente en la capital, con la inmediata consecuencia de un compañerismo que iba a durar toda la vida.

Un recuerdo, todavía, de muy otro carácter. No deja de tener para nosotros un toque de nostálgica emoción, el hecho de volver a este escenario, lugar de escolares intervenciones en actos de fin de curso, de hace por lo menos también 75 años.

En ocasión tan singular, excusé la ingenua evocación por este veterano de su lejana infancia minuana

Pero, volvamos a Quijano. Una vida entera de compañía fraterna, en la que fue el hermano mayor de un querido grupo que nos limitamos a representar aquí —omitiendo por fuerza a tantos y tantos— en nombres como los de Julio Castro, Juan Pedro Zeballos, Francisco Vital Irazoqui, Wellington Adreoletti, Julio A. Cendán, Juan Carlos Labat, Dionisio Trillo Pays. Compañía que no se redujo al periodismo, pero que en éste tuvo su más continua y poderosa forma de expresión. Abarcó todas y cada una de las publicaciones que Quijano fundó y dirigió, desde la precisa hora de su espontánea exaltación a la condición de Maestro.

De su magisterio nos hemos ocupado varias veces a través de distintos enfoques, aun en vida suya. Nos atenemos ahora a sus grandes líneas directrices, reiterando, en conceptos y palabras, los trazos de su excepcional trayectoria que nos parecen fundamentales, a modo de introducción a especializadas investigaciones de tal o cual aspecto de su vasta obra.

Inició su larga milicia en 1917, a los diecisiete años de edad, al frente de una insurgencia estudiantil, prólogo montevidiano de la inmediata de Córdoba que con tanta intensidad acogiera. La fundación y conducción del CENTRO ARIEL y su revista, a la hora continental del mejor arielismo, encauzaron y formalizaron aquellos tempranos comienzos. Y apenas sobrepasados los veinte, la gallardía adolescente de su oratoria política, que mucho después, en la capital y en el interior, viejos testigos se complacían en evocar, le había dado ya un nombre nacional.

Fue apenas una década más tarde, en el exacto 1930, que su milicia, —sin dejar nunca de serlo— pasó a ser además, de una vez para siempre, su magisterio. Aparte de dotado, estaba admirablemente preparado para ello.

Bien sabido es en qué condiciones profundizó en París, durante poco menos de un lustro, las ciencias políticas, sociales y económicas que fueron hasta la última hora su gran pasión intelectual. Concentrado estudio académico; pero al mismo tiempo, profundización también del indeleble espíritu continentalista de su iniciación montevidiana. Bajo este aspecto, decisiva experiencia militante junto a grandes compañeros y maestros, latinoamericanos y europeos, en aquellos años que fueron culminación histórica de toda una forma de latinoamericanismo con centro en la capital francesa.

Vuelto al país en 1928, inmediato lanzamiento a la acción política con sentido fundacional; en una histórica Declaración, conciso al par que luminoso enunciado de su ideario básico; ingreso al Parlamento. Al fin, en 1930, erección de una tribuna periodística llamada a ser, con cambiantes nombres de menor o mayor duración, una y la misma hasta el final de su existencia: diario EL NACIONAL, seguido en perfecta continuidad por los semanarios ACCIÓN y MARCHA y la revista CUADERNOS DE MARCHA. Esa

Maestro de Periodismo. Gran verdad, sin duda. Lo fue en la forma, por el sobresaliente trazo estilístico de su pluma, a la vez que por todas las novedades que introducía, renovándolas a ellas mismas sin cesar — artesanía y arte— en las publicaciones de su dirección; y lo fue en el fondo, por la inagotable prodigación de su saber y su sabiduría.

indivisible tribuna periodística constituyó la permanente cátedra de su magisterio personal. un magisterio —hay que decirlo— de muy difícil parangón en toda la historia del periodismo de lengua española de uno y otro lado del Atlántico.

Por supuesto, al fundar aquel diario no era un periodista novicio. Pero fue con pluma nueva, por el bagaje de ideas y por la actitud de espíritu, que asumió entonces la que iba a ser su gran misión; la misma pluma que sólo la muerte, al cabo de más de medio siglo, ha hecho caer de su mano. En un inolvidable discurso de mucho tiempo atrás, había dicho, casi —o sin casi— como un juramento: «...hasta que la tierra cubra nuestros huesos».

Sin restarle nada de su alto significado al periodismo en sí, de tan hermosa tradición nacional, enaltecida todavía por su personalísima obra, es lo cierto que fue él, por encima de Maestro de Periodismo, Maestro sin más.

En cuanto a las ideas, las había gestado y anticipado de diversas maneras, hasta su condensación en aquella auroral Declaración de dos años antes, vuelta hoy una pieza clásica del pensamiento político uruguayo de la presente centuria: *consolidación de la democracia política; persecución de la democracia social; afirmación de un nacionalismo antimperalista*. Pero es ahora cuando levanta la tribuna destinada a desarrollar y esparcir su mensaje; es decir, la que muy pronto todos entendieron ser una excepcional cátedra de pensamiento y de civismo. Es ahora cuando, más allá del militante y del ideólogo, el Maestro hace su entrada en la escena nacional.

De 1928 a 1930, la sola mención de su nombre suscitaba entre los jóvenes, aun los muy jóvenes —¡bien lo recordamos!—, una no definible inquietud, carga de expectativa, que augurios de los mayores excitaban. Algún eco de su novel actuación parlamentaria; algún discurso político; alguna disertación literaria, en el fugaz ejercicio entonces de la docencia de la literatura; su palabra orientadora de la reforma en el conflicto que durante tres años conmovió a la vida universitaria; en fin, su leyenda de modelo de juventud en el arquetipo de Enjolrás, concurrían, por caminos distintos, a henchir aquella expectativa generacional.

Apenas puede lo dicho dar una idea de lo que vino a significar, primero el anuncio y en seguida el surgimiento de EL NACIONAL, el 3 de agosto de 1930. recién doblada la hoja del Cente-

ario. Tras el antecedente de la precursora Declaración de 1928, el editorial del primer número constituirá siempre la piedra fundamental, el inamovible sillar sobre el que quedó erigido su prolongado magisterio periodístico. Fue en aquel enervado texto que de una vez por todas lo definió, prefigurando sus más salientes rasgos intelectuales y éticos, con la promesa de sostenerlo hasta el fin, «sin prisa y sin pausa», conforme a la norma goetheana. Por eso, no tuvo ya necesidad de redactar con el mismo carácter de manifiesto, ningún nuevo primer editorial de las publicaciones sucesoras. Todo lo que después siguió había tenido allí para él, por lo que a su personal prensa misionera respecta, el gran punto de partida.

Fue al mismo tiempo, el punto de partida de una nueva era del periodismo nacional. Con más perspectiva histórica se harán mejores precisiones. Pero hoy por hoy, nos inclinamos a creer que habría que remontarse a la aparición de EL SIGLO en 1863, dirigido por José Pedro Ramírez, para encontrarse con una división tan marcada entre dos épocas periodísticas. Los grandes diarios que siguieron y en parte acompañaron a éste, fundados en las últimas décadas del siglo pasado y primeras del actual, sin perjuicio de todas sus innovaciones y modalidades propias, pareciera que hacen familia con él. EL NACIONAL de 1930-31, en tanto se le vea como arranque de una dilatada continuidad que el solo nombre de su fundador resume, fue ya —si la subjetividad no nos traiciona— otra cosa.

Y sin embargo, no podemos olvidar que ese entonces revolucionario diario tuvo por sede el viejo caserón, hoy desaparecido, de cara a la Plaza Constitución, en que lustros antes habían llegado a sus postrimerías EL SIGLO y LA RAZÓN. Unos pocos inmensos tomos de uno y otro se conservaban todavía, bien a la vista tras los vidrios de un antiguo mueble, frente al escritorio igualmente antiguo en que el joven Maestro escribía sus artículos. ¿Cuántos patriarcas de la vieja prensa civilista habían escrito los suyos entre las mismas paredes y sobre la misma tabla? ¡Aleccionante símbolo de una más profunda continuidad nacional!

Muchas veces se le llamó, bien antes del final, Maestro de Periodismo. Gran verdad, sin duda. Lo fue en la forma, por el sobresaliente trazo estilístico de su pluma, a la vez que por todas las novedades que introducía, renovándolas a ellas mismas sin cesar —artesanía y arte— en las publicaciones de su dirección; y lo fue en el fondo, por la inagotable prodigación de su saber y su sabiduría. No obstante, su magisterio desbordaba con amplitud ese marco. Sin restarle nada de su alto significado al periodismo en sí, de tan hermosa tradición nacional, enaltecida todavía por su personalísima obra, es lo cierto que fue él, por encima de Maestro de Periodismo, Maestro sin más. Un Maestro que tuvo en el ejercicio de la prensa periódica, ya que no la única, su más natural forma de expresión, como la tuvieron —volvamos a la tradición nacional— Rodó en el ensayo, Vaz Ferreira en la conferencia, Frugoni en la oratoria.

De todas estas formas participó él también, en escritura y dicción impecables, realizadas por un dominio del idioma no común en su medio. Muchos de sus artículos pertenecen a la mejor ensayística del país; su elocuencia académica, en el aula como en la conferencia, sigue viva en el recuerdo de los que lo oyeron; su oratoria política, desde la arenga improvisada hasta el mediatado discurso, no tuvo rival en su generación ni en las inmediatas que la siguieron, hasta la década del 40 en que poco a poco hizo su abandono, para muchos inaplicable. Es que su vocación más profunda, a la que con ascética conciencia quiso al fin contraerse, fue el escrito a través del periódico, en una comunicación con sus lectores tan vital para él que por momentos se hacía casi coloquial, y tantas veces, sencillamente confesional.

Su magisterio fue de ese modo mucho más que de periodismo, aunque de éste lo fuera tanto; y aún mucho más que de pensamiento político-económico-social, aunque ésta fuera —como en el caso de su ilustre par Alberdi, por conciencia muerto también lejos de su patria chica exactamente cien años atrás— su dedicación más notoria. Lo fue de dignidad, de civildad, de nacionalidad, de latinoamericanidad. Estaba ese magisterio destinado a incorporarlo, con honor, al escogido elenco de grandes Maestros, a secas, que han venido modelando con la resistente arcilla de estas tierras, el alma de nuestra América.

Maestro así, en la totalidad de esos atributos, lo fue ya desde

1930, promovido de golpe a semejante condición por su naciente prédica, entonces diaria. Autoridad nacional, hombre de consulta, tal como en los mismos años podía serlo el venerable Martín C. Martínez, lo fue también desde entonces, reafirmando su prestigio por la excepcional contribución técnica, desde el Parlamento, ante la histórica crisis de la época. Considerada su edad, no podemos que sentirnos impresionados nosotros mismos, al recordarlo ahora.

Cuando ocurrió el golpe de Estado de 1933, la prédica de EL NACIONAL había sido ya retomada en marzo de 1932, y fue proseguida —por supuesto, en bien distintas condiciones cívicas

Un Maestro que tuvo en el ejercicio de la prensa periódica, ya que no la única, su más natural forma de expresión, como la tuvieron —volvamos a la tradición nacional— Rodó en el ensayo, Vaz Ferreira en la conferencia, Frugoni en la oratoria.

cas— por el semanario *Acción*, ocasionalmente llamado algunas veces *REBELIÓN*, y otras *EL COMBATE*, a la hora de la clausura, la ocupación del taller y la obligada clandestinidad en los primeros meses de la dictadura. ¡Cuántos recuerdos! En la azarosa tanto como rica experiencia política y periodística de *Acción*, publicado durante siete años hasta abril de 1939, por lo que significó como ascenso de Quijano a la madurez, no dejarán de detenerse los futuros estudiosos de su obra. Empero, fue a partir del inmediato junio de 1939, con el semanario *MARCHA*, que su magisterio logró la imagen que privilegiará la historia.

Su magisterio fue de ese modo mucho más que de periodismo, aunque de éste lo fuera tanto; y aún mucho más que de pensamiento político-económico-social, aunque ésta fuera — como en el caso de su ilustre par Alberdi, por conciencia muerta también lejos de su patria chica exactamente cien años atrás— su dedicación más notoria.

Ese órgano llegó a confundirse hasta la identidad, no ya con su nombre, sino con su entera personalidad humana en lo que de más existencial pudo ella tener. Maestro a aquella altura de varias promociones desde la captada por *EL NACIONAL*, se convirtió por su intermedio, con gravitación cada vez mayor, en el de todas las que se sucedieron, leyéndolo semana a semana para compartir o para disentir. Ya se ha dicho suficientemente: no era el dogmático que quisiera imponer, sino, en el más elevado sentido del término, el crítico, tan sapiente como comprometido, que provocaba la reflexión con su propia reflexión en voz alta. Así, a lo largo de treinta y cinco años, hasta el fatídico 1974 después del todavía más fatídico 1973.

Su irradiación se extendió a todos los sectores de la cultura nacional. Y no sólo porque atrajera, o alentara, o diera oportunidad de expresión, a inteligencias de todas las edades de las más diversas orientaciones políticas, o religiosas, o filosóficas, o estéticas. Al margen de los contenidos concretos de su propio mensaje, su solo modo de pensar y de escribir influyó en la configuración de una verdadera mentalidad nacional, manifestada en campos aun muy alejados de los específicos suyos. Tanto como la historia política, en su alcance más comprensivo, a la que en primer término pertenece, tendrán que contar con su nombre la historia intelectual y la historia literaria. Empresa como la que acometió y llevó a cabo, apenas le dejó tiempo para publicar algún libro. ¡Cuántos antológicos libros, sin

embargo, no se extraerán, ya prefigurados, de la enorme cantera de sus páginas? Y por otra parte, ¿cuántos libros no se escribirían sobre él y su obra?

Más allá del país tuvo *MARCHA*, por la índole misma de su mensaje, proyección latinoamericana. En esta línea, nada es comparable en su tiempo, a no ser *CUADERNOS AMERICANOS*, la solidaria revista, fundada y dirigida en México por Jesús Silva Herzog, personalidad amiga y tan paralela a la del Maestro Uruguayo. Aunque de características y periodicidad diferentes, han sido ambas publicaciones, desde su coetáneo comienzo, portavoces de una sola conciencia continental. En ningún otro sitio mejor que en las colecciones de una y otra, se podrá buscar hoy y mañana la documentación de esta conciencia, tal como ella pensó, sintió y se expresó orgánicamente a lo largo de las convulsionadas décadas centrales del siglo XX.

Y he aquí que, para estrechar el parentesco, fue en México —al que ya en 1925 había llegado Quijano desde París acompañando a José Ingenieros— donde el semanario vino a tener su epílogo bajo la forma final de los *CUADERNOS DE MARCHA*, originarios ellos mismos de Montevideo. Empujado su Director al exilio en noviembre de 1975, por la dictadura militar imperante desde 1973, reasumió allí, primero su clásica cátedra universitaria, y luego, en mayo de 1979, su legendaria labor periodística. Cuando lo hizo, ensombrecía su espíritu, tanto como la tragedia nacional, la pérdida del más íntimo y abnegado de sus cola-



boradores de todas las épocas: el victimado Julio Castro, educador de renombre internacional, tan hondamente revivido en la memoria de quienes fuimos sus compañeros y amigos.

No sin penoso esfuerzo hemos contenido a lo largo de estas palabras, una vez más, la efusión emocional a que quisieran arrastrarnos tantos sentimientos y recuerdos de un entrañable compañerismo de más de media centuria. Pero no podríamos dejar de evocar nuestro íntimo encuentro en México, llegados nosotros desde Caracas, apenas treinta días antes de que nos golpeará la noticia de su partida. Seguía sustentando a su humana calidez de siempre, su reciedumbre espiritual también de siempre. Del pasado, un solo jirón pudo distraernos, por razones de fecha: se estaba cumpliendo el preciso cincuentenario de nuestros compartidos días en el sur brasileño.

de abril a mayo de 1934, cuando la primera tentativa de Basilio Muñoz contra la dictadura de entonces, rodeado también éste allí, en aquellos momentos, por Tomás Berreta, Luis Batlle Berres, Ismael Cortinas, Arturo González Vidart, Lorenzo Carnelli, y tantos otros maduros y jóvenes, entre estos últimos, Julio Castro.

Más allá de eso, ahora recuerdo de un recuerdo, la absorbente y angustiada preocupación por el hoy y el mañana del país, y su inevitable esperanzada programación, como toda la vida, de «el próximo número».

Si es una parte muy grande de nosotros mismos la que se ha ido con él, mucho más grande es la parte suya que sigue y seguirá viviendo en nosotros. ♦

© (Una versión de esta evocación vio la luz en «Chasque», suplemento cultural del diario *CAMBIO*, Montevideo, 17 de agosto de 1984).

Lo fue de dignidad, de civildad, de nacionalidad, de latinoamericanidad. Estaba ese magisterio destinado a incorporarlo, con honor, al escogido elenco de grandes Maestros, a secas, que han venido modelando con la resistente arcilla de estas tierras, el alma de nuestra América.